

Oscar Wilde, el poeta "Salomé"

James Joyce

Oscar Fingal O' Flahertie Wills Wilde. Estos eran los altisonantes nombres que con juvenil orgullo puso bajo el título de su primer volumen de poemas, y en este altanero gesto, con el que intentaba alcanzar rango de nobleza, están las semillas de su vanidad y del destino que ya le aguardaba. Sus nombres son símbolo de su persona: Oscar, sobrino del rey Fingal e hijo único de Ossian en la amorfa *Odisea* celta, que fue muerto a traición por el hombre que le había invitado mientras estaba sentado a su mesa. O'Flahertie, selvática tribu irlandesa cuya misión era derribar las puertas de las murallas de las ciudades medievales; nombre que producía terror a los hombres de paz, que todavía mencionan, entre las plagas, la ira de Dios y el espíritu de fornicación, en la antigua letanía de los santos: "del salvaje espíritu de los O'Flahertie, libera nos Domine". Al igual que aquel otro Oscar, Wilde hallaría la muerte pública en la flor de la edad, sentado a la mesa, coronado con falsas hojas de parra y hablando de Platón. Lo mismo que aquella tribu salvaje, rompería las lanzas de sus fluidas paradojas contra el cuerpo de los convencionalismos prácticos, y oíría, como exiliado sin honor, al coro de los justos mencionar su nombre juntamente con el de los impuros.

Wilde nació en la soñolienta capital irlandesa hace cincuenta y cinco años. Su padre era un destacado científico, que ha sido llamado padre de la moderna otología. Su madre, que tomó parte en el movimiento literario-revolucionario del 48, colaboró, con el pseudónimo "Speranza", en el periódico nacionalista, e incitó al público, en sus poemas y artículos, a asaltar el Dublin Castle. En el embarazo de Lady Wilde, así como en la infancia de su hijo, concurren circunstancias que, en opinión de algunos, explican en parte la desdichada manía (si así puede llamarse) que más tarde arrastraría a Oscar Wilde al desastre. Por lo menos, sabemos con certeza que el niño creció en un ambiente de inseguridad y mimo.

La vida pública de Oscar Wilde comenzó en la Oxford University, donde, el año de su ingreso, un pomposo profesor llamado Ruskin dirigía a una multitud de adolescentes sajones hacia la tierra prometida de la futura sociedad, precedidos por una carretilla de mano. El susceptible temperamento de su madre revivió en el joven, y empezando por sí mismo, resolvió poner en práctica una teoría estética que era en parte original y en parte derivada de las obras de Pater y Ruskin. Provocó la hilaridad del público al proclamar y practicar una reforma en el atuendo y en el aspecto de la casa. Realizó varias giras dando conferencias en los Estados Unidos y en las provincias inglesas, y se convirtió en el portavoz de su escuela estética, mientras a su alrededor se formaba la fantástica leyenda del Apóstol de la Belleza. Su nombre evocaba en la mente de las gentes una vaga imagen de delicados pasteles, de vida embellecida con flores. El culto al girasol su flor favorita, se difundió entre las clases ociosas, y la gente sencilla sin importancia oyó hablar de su famoso bastón blanco, de marfil, adornado con turquesas, y de su peinado a la Nerón.

La figura principal de este brillante cuadro era mucho más misera de lo que los burgueses imaginaban. De vez en cuando sus medallas, trofeos de su juventud académica, visitaban la casa de empeños, y a veces la joven esposa del autor de epigramas tenía que pedir prestado a un vecino el dinero para un par de zapatos. Wilde se vio obligado a aceptar el cargo de director de un infimo periódico, y sólo gracias a sus brillantes comedias consiguió iniciar la corta y última fase de su vida, la fase del lujo y la opulencia. *Lady Windermere's Fan* (El abanico de Lady Windermere) tuvo un éxito apoteósico en Londres. En la tradición de comediógrafos irlandeses, que va desde los días de Sheridan y Goldsmith hasta los de Bernard Shaw, Wilde pasó a ser, como ellos, el bufón de corte de los ingleses. Se convirtió en el árbitro de la elegancia en la metrópoli, y los ingresos anuales de sus obras alcanzaron casi el medio millón de francos. Repartió sus riquezas entre una serie de amigos indignos. Todas las mañanas compraba dos carísimas flores, una para sí mismo y otra para su cochero; y el día en que se inició el sensacional juicio contra él, acudió a la audiencia en un coche de dos caballos, con cochero brillantemente uniformado y un paje empolvado.

Su caída provocó los gozosos aullidos de los puritanos. Al saberse la sentencia, la multitud congregada ante la audiencia se puso a bailar una pavana en la calle embarrada. Se permitió a los periodistas entrar en la cárcel, a través de la reja de la celda se cebaron en el espectáculo de la vergüenza de Oscar Wilde. En las carteleras de los teatros, blancas tiras de papel cubrieron su nombre. Sus amigos le abandonaron. Sus manuscritos fueron robados, mientras el condenado escribía en presidio lo que para él significaban las angustias de dos años de trabajos forzados. Su madre murió en el olvido. Su esposa murió. El autor fue declarado en estado de quiebra y sus bienes vendidos en pública subasta. Se le privó de la potestad sobre sus hijos.

Cuando salió de presidio, matones al servicio del noble marqués de Queensbury, le esperaban. Fue acosado de casa en casa, como acosan los perros al conejo. Uno tras otro lo echaron de sus puertas, le negaron techo y pan, y al caer la noche Wilde terminó bajo las ventanas de su hermano, llorando y gimiendo como un niño.

El epílogo tuvo rápido fin, y en realidad no vale la pena relatar los

padecimientos del desgraciado escritor, desde los barrios bajos de Nápoles hasta su humilde habitación en el Barrio Latino, donde murió de meningitis el último mes del último año del siglo XIX. Realmente no vale la pena seguirle, como le siguieron los espías franceses. Murió en el seno de la Iglesia Católica, añadiendo otra faceta a su vida pública al repudiar su temeraria doctrina. Tras haberse reído de los ídolos del mercado público, se hincó de rodillas, entristecido y arrepentido de haber sido el cantor de la divinidad del goce, y cerró el libro de rebelión de su espíritu con un acto devoto.

No es éste el lugar adecuado para examinar el extraño problema de la vida de Oscar Wilde, ni de determinar hasta qué punto las leyes hereditarias y la tendencia epiléptica de su sistema nervioso pueden excusarle de cuanto se le ha imputado.

Tanto si era inocente como si era culpable de las acusaciones que contra él se formularon, no cabe la menor duda de que cumplió la función de chivo expiatorio. Su mayor crimen fue el haber provocado un escándalo en Inglaterra, y es sabido que las autoridades inglesas hicieron cuanto estuvo en su mano para convencerle de que huyera antes de que se dictara la orden de su detención. Un funcionario del Ministerio del Interior declaró durante el juicio que, solamente en Londres, había más de veinte mil personas bajo vigilancia policial, pero que se les dejaba en plena libertad hasta que provocaban un escándalo. Las cartas de Wilde a sus amigos fueron leídas en el juicio, y su autor fue acusado de ser un degenerado obseso por perversiones exóticas: "El tiempo está en guerra contra ti; tiene celos de tus lirios y tus rosas", "Me gusta verte vagar por los valles cuajados de violetas, mientras tu cabello de color miel destella". Pero la verdad es que Wilde, lejos de ser un perverso monstruo inexplicable surgido de la civilización de la moderna Inglaterra, es el lógico e inevitable producto del sistema universitario anglosajón, con sus inhibiciones y sus secretos.

Las causas por las que el pueblo de Inglaterra condenó a Wilde son muchas y muy complejas, pero no fue la simple reacción de una conciencia pura. Cualquiera que analice los *graffiti*, los licenciosos dibujos, los gestos obscenos de este pueblo, dudará mucho antes de calificarlo de limpio de corazón. Cualquiera que preste atención a la vida y al habla de estos hombres, tanto si se trata de soldados en su cuartel como de empleados de las grandes casas comerciales, dudará mucho que aquellos que lapidaron a Wilde estuvieran limpios de culpa. En realidad, todo el mundo se siente incómodo cuando habla de este tema con otros, temeroso de que quien escucha pueda saber más que él mismo. La defensa que de sí mismo publicó Oscar Wilde en el *Scots Observer* sigue siendo válida para todo crítico objetivo. Wilde escribió que cada cual ve su propio pecado en Dorian Gray (la más popular novela de Wilde). Nadie dice y nadie sabe cuáles fueron los pecados de Dorian Gray. Aquel que los adivina los ha cometido.

Y aquí nos encontramos el verdadero pulso del arte de Wilde: el pecado. Se engañó a sí mismo hasta llegar a creer que era el evangelista de un neopaganismo ante un pueblo esclavizado. Puso sus cualidades características, que quizá sean las cualidades propias de su raza -agudeza, generosidad e inteligencia asexual- al servicio de una teoría de la belleza que, a su juicio, debía devolvernos a la edad de oro y la alegría de la juventud del mundo. Pero si alguna verdad hay en sus subjetivas interpretaciones de Aristóteles, en su inquieto pensamiento que procede antes por sofismas que por silogismos, en sus asimilaciones de naturalezas tan extrañas a la suya como lo es la del delincuente con respecto al humilde, esta verdad es, esencialmente, la verdad inherente al alma del catolicismo: que el hombre sólo puede llegar al corazón de lo divino a través de esa conciencia de pérdida y lejanía que llamamos pecado.

En su última obra, *De Profundis*, se arrodilla ante un cristo agnóstico, resucitado de las páginas apócrifas de *The House of Pomegranates*, y entonces su verdadera alma, trémula, tímida y entristecida, relumbra a través del manto de Hellogáballo. Su fantástica leyenda, su ópera - polifónica variación sobre las relaciones del arte y la naturaleza, pero, al mismo tiempo, revelación de la psique del autor-, sus brillantes libros destellantes de epigramas (que en opinión de muchos le dieron la categoría del más penetrante orador del pasado siglo), todo eso es ahora botín repartido.

En el triste cementerio de Bagneux, sobre la lápida de su tumba, se lee un versículo del libro de Job. Elogia su facilidad, "eloquium suum", el gran manto legendario que ahora es botín repartido. Quizá el futuro grabe otros versos, menos altivos, pero más pladosos:

Partiti sunt sibi vestimenta mea et super vestem meam miserunt sortis

James Joyce escritor irlandés,
autor de "Ulises". Texto tomado
de "Escritos Críticos".